





EN CLAVE DE IGUALDAD



Álvaro Botias

EN CLAVE
DE IGUALDAD



Primera edición: junio 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Álvaro Botias

© Diseño de portada: Esther Johnson

ISBN: 978-84-17961-00-8

ISBN digital: 978-84-17961-01-5

Depósito legal: M-20109-2019

Editorial Adarve

c/ Marcenado 14

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a mis abuelos y abuelas allá donde estén, por todo lo que dejaron en mí a través de sus enseñanzas.

Dedicado a mamá y papá, hoy convertidos en abuelo y abuela. Nunca me habéis soltado la mano...

Dedicado a Carlos, mi hermano. Sabes que ocupas un lugar privilegiado en mi corazón, aunque no te lo diga tanto como quisiera.

Dedicado a Esther. Esposa, amiga, amante. Gracias por ser la fuente de mi inspiración.

Dedicado a Óliver y Sofía, mis hijos. Sois el motor de mi existencia.

Dedicado a mi equipo y a mis jefes. Trabajar rodeado de personas implicadas es un gustazo.

Dedicado a ellas. Valientes, supervivientes, referentes de lucha y superación. Con vuestro ejemplo traéis esperanza a la sociedad.

Y, por supuesto, dedicado a todas aquellas mujeres asesinadas a manos de sus parejas o exparejas. Siempre en el recuerdo...



REINCIDENCIA

Prólogo

Miguel Lorente Acosta, febrero de 2019

Hay ocasiones en que las palabras resultan insuficientes para alcanzar todo el significado de lo que se siente y percibe, sucede cuando la realidad es tan intensa que escapa de la mano de lo enunciado. Entonces, como si fueran globos llenos de helio unidos por una fina cuerda, las sujetamos para llevarlas de un lado para otro sin poder llegar hasta ellas de manera directa, pero conscientes de que están ahí y que en algún momento tendremos que bajarlas.

Recuerdo un acto en el que participaba Ángel Gabi-londo como rector de la Universidad Autónoma de Madrid, en él defendía que la salud también se contagia, y explicaba cómo ese estar bien individual hace que la gente alrededor se contagie y mejore su salud. Y creo que,


efectivamente, es así. No solo son los virus y las bacterias las que pueden transmitir aquello que los caracteriza y extender así las enfermedades que guardan; las personas también somos capaces de reproducir lo bueno y lo malo que llevamos allí donde la presencia nos hace verdad. Nadie duda de las posibilidades que tenemos para hacer el mal, pero del mismo modo, aunque no nos hayamos detenido tanto en la otra posibilidad, también somos capaces de «contagiar salud» si nos empeñamos en compartir lo positivo con quien está a nuestro lado, a través de esa energía saludable que llevamos dentro, una fuerza tan especial que es capaz de superar cualquier barrera.

Bajo este mismo razonamiento es posible «reincidir» en las cosas buenas y en los aciertos. Es verdad que el diccionario define la reincidencia como el acto de *«volver a caer o incurrir en un error, falta o delito»*, pero la realidad nos demuestra que hay una reincidencia en el acierto, en lo bueno, y en aquello que nos hace mejor y ayuda a hacerse mejor a quienes lo comparten. No es una mera repetición, es poner voluntad en que todo vuelva a ser, y que vuelva a ser en positivo.

De todo esto Álvaro Botías sabe mucho. Sabe de «reincidencia mala» como policía nacional, especialmente en un terreno como el de la violencia de género, caracterizado por la repetición de las agresiones como forma de potenciar el control que se ejerce por medio de la amenaza y la intimidación. Álvaro conoce muy bien esas


historias con bucle que las lleva a empezar de nuevo sin haber terminado, esos días que amanecen oscuros como los del invierno perenne del norte, o esas vidas que se apagan aunque sigan en pie las personas que las viven, al igual que ocurre con la vela herida por el aire de los acontecimientos... Él podría haberse conformado con su buen hacer como policía, y haber roto el silencio con esa última palabra de la ley y la justicia. Pero Álvaro tiene una sensibilidad especial que lo lleva a entender que los problemas profesionales solo son la manifestación última del problema humano que viven muchas personas, y cuando el impacto sobre la persona se produce bajo un andamiaje social que en lugar de protegerla la coloca en una situación de riesgo, la solución no puede estar en acciones individuales. Estas son necesarias en lo inmediato, pero la solución definitiva pasa por cambiar la estructura de ese andamiaje que la sociedad ha levantado a lo largo de la historia, siguiendo los planos elaborados por la cultura androcéntrica. Solo de ese modo se podrá transformar el riesgo y la amenaza en convivencia y paz.

Pero no es tan sencillo. El problema reside en que mientras que los planos de la desigualdad están muy claros y han sido guardados en la conciencia adquirida por cada persona, los planos para construir la convivencia debemos escribirlos y buscarlos cada día entre los escombros que deja el impacto del machismo. El feminismo nos ha mostrado el camino y nos sigue dando las pautas para dibujarlos, pero los pasos hemos de darlos cada día




en cada lugar, pues no se trata solo de una transformación individual, sino de un cambio cultural, de una nueva forma de entender las relaciones y de vivir la realidad.



Álvaro Botias lo sabe, por eso ha abierto su mirada y ha ampliado la «escena del crimen» de cada uno de sus casos a toda la sociedad. Él es consciente de que no se trata de un problema de circunstancias, sino de motivaciones comunes puestas al alcance de cada agresor en esa bandeja de la «normalidad» que sujetan las razones de género. Luego se materializarán de forma individual en cada contexto particular, pero todos los casos parten de esas razones que legitiman a los hombres en su conducta y dirigen la violencia contra las mujeres.



Por eso ha utilizado cada historia como ejemplo para que ninguna de ellas sea el final, y se conviertan en el principio de esa nueva realidad crítica con el machismo. Una realidad abrazada a la igualdad y a la vitalidad de sus protagonistas, mujeres que nos dan una lección de vida y la esperanza de que erradicar el machismo y su violencia es posible y está en nuestras manos.



Aprender de la experiencia es importante en lo individual, pero compartir lo vivido lo es aún más, pues con ello, además de los acontecimientos que nos sacan de nuestra inmediatez, participamos de lo que otras personas han aprendido de una vida que actúa como escenario común.



Y eso es lo que nos regala Álvaro Botias con este libro y su saber, la experiencia aprendida y la vida guiada de la mano de cada una de las mujeres que nos han dado una primera lección. El aprendizaje lo deja a quienes se acerquen a sus palabras y a sus historias, pero no debemos olvidar que hay muchas mujeres y toda una sociedad esperando nuestro aprobado en convivencia para que «reincidamos en la Igualdad».

Gracias por «reincidir», Álvaro, con este nuevo libro.





INTRODUCCIÓN

En mi primera obra, durante la despedida, amenacé con volver. Fue algo intencionado, en lo que había pensado con carácter previo. Prueba de ello es que aquí me tenéis de nuevo, dispuesto a dar mucha guerra. Guerra en el buen sentido de la palabra, obviamente: me refiero a remover conciencias; a visibilizar un problema de alcance público; a invitaros a uniros a esta lucha sin cuartel que solo verá su fin el día que se alcance la igualdad real entre hombres y mujeres. Os hablo de la violencia de género, para los más despistados. ¿Cómo? ¿Alguien ha pensado en voz alta que ya se eliminó esta histórica discriminación? Lamento informaros de que ese no es el caso en España. Ni en ningún otro lugar de la faz de la Tierra, que yo sepa. Al menos, a mí no me lo parece. La cifra de 60 mujeres de media asesinadas anualmente en nuestro país, a manos de sus parejas o exparejas, apunta a que todavía falta mucho camino por recorrer. El registro —lo que equivale a denuncia— de una agresión sexual cada 5 horas, en la que la víctima es, casi siempre, una mujer, y el agresor un hombre; tampoco respalda la hipótesis

inicial de «problema superado». Resalto lo de la denuncia porque la cifra negra en atentados contra la libertad e indemnidad sexuales no es nada desdeñable, por cierto.

Sigamos con los datos: el año 2017 supuso un récord histórico, desde que se recogen estadísticas, en denuncias por violencia de género. 166.260, nada más y nada menos. El incremento en porcentaje quedó fijado en 16'4%, frente al mismo período de 2016 (año en el que se registraron un total de 142.893 denuncias). En lo que respecta a 2018, las cifras anuales vieron la luz unos días después del 8 de marzo (Día Internacional de la Mujer): según el Consejo General del Poder Judicial se interpusieron 166.961 denuncias. Como podéis ver, el aumento esta vez ha sido, prácticamente, anecdótico (701 más que en 2017, lo que supone un ascenso porcentual del 0'4).

A los que no me conocéis os diré que me suelo regir por el optimismo en mis análisis. Es algo que, a estas alturas de la vida, me va a costar cambiar. Por eso mi personal lectura de estos números —en concreto, el significativo incremento de las denuncias entre los años 2016 y 2017— ha de ser, sin duda, favorable: hasta hace bien poco tan solo veíamos la punta del iceberg de esta lacra social; ya está empezando a emerger a la superficie. Os hablo del gigante del machismo, por supuesto. Parece, entonces, que las mujeres víctimas han optado en mayor medida por la vía de la denuncia a la hora de buscar la salida. Algo que ha de ser, inevitablemente, positivo. Esto —insisto, a mi parecer— prevalece sobre la otra posible interpretación: la violencia en el marco de las relaciones afectivas va en au-

mento. En esta línea de argumentación, nos encontramos con que el abultado incremento registrado entre los años 2016 y 2017 se ha visto frenado en seco en 2018: ¿Podría esto significar que hemos alcanzado el techo de denuncias? Nada más alejado de la realidad. Las encuestas siguen revelando que se denuncia un 25% de los casos de violencia de género, aproximadamente. Toca, por tanto, seguir trabajando en concienciar a la ciudadanía sobre la necesidad de implicarse en esta lucha.

A pesar de llevar el optimismo por bandera, no estamos como para tirar cohetes, ¿verdad? No señor. O señora. El sistema todavía hace aguas; hay escasez de recursos; y, sobre todo, se demanda formación de los y las especialistas. Estamos dando pasos en la dirección adecuada, pero aún queda mucho por hacer. Y es que — también bajo mi humilde punto de vista— no podemos permitirnos que una mujer que ha denunciado, es decir, que ha reclamado el auxilio de las instituciones; termine asesinada a manos de su pareja o expareja. Ni ella, ni sus hijos o hijas. Y por supuesto tampoco podemos tolerar que otras mueran asesinadas sin que las instituciones tengan constancia de su situación porque su entorno ha optado por «mirar hacia otro lado». Faltaría más.

El objetivo que me he propuesto con esta obra va en estrecha relación con esto último: quiero que recorramos juntos y juntas esa senda. La meta de la igualdad solo la alcanzaremos con implicación y trabajo en equipo. ¿Estáis dispuestos y dispuestas a embarcaros en esta aventura? Si la respuesta es afirmativa, no dejéis de leer.

Este libro pretende servir de manual de referencia y aprendizaje en la lucha contra la violencia de género. Admito que se trata de una propuesta muy ambiciosa: quiero llegar a pequeños y mayores. Para ello he buscado un enfoque fresco y dinámico; un recorrido por situaciones realistas —que no reales— y de actualidad, en forma de microrrelatos y relatos, apto para todos los públicos. Hablo de la víctima, de cómo afronta el proceso penal, de los operadores que en este intervienen, de la importancia del apoyo externo y —faltaría más— de él. Del eterno olvidado: el maltratador. Pero siempre, sin excepción, en tono pedagógico y con el optimismo por bandera.

He intentado reproducir momentos de la vida por los que todos y todas hemos podido transitar o transitaremos, con afán de generar conciencia social y de paso, educar. Unos de los protagonistas centrales de este proceso de aprendizaje son los jóvenes y adolescentes. Tanto él, como ella. Os preguntaráis: ¿por qué? Dejaré que sea, de nuevo, la estadística la que hable en mi nombre: hemos pasado de 131 menores enjuiciados por violencia de género en 2014 a 259 el pasado 2018 (el récord, sin embargo, se registró en 2017 con 266). Lo que viene a ser algo más del doble. Os digo más: el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, a través de las encuestas que viene realizando, afirma que más del 80% de los y las adolescentes tienen constancia de parejas de su edad en las que se ha producido algún episodio de maltrato. ¿Y qué hacen al respecto? Normalizarlo, restarle gravedad, callar. No sé a vosotros y vosotras, pero a mí se me eriza todo el vello del cuerpo a la vista de estos datos.

Para terminar —no me gustaría desvelaros más de lo estrictamente necesario—, debéis saber que también pongo el foco en vosotros y vosotras. Sí, en ti lector o lectora, posible espectador o espectadora de situaciones de violencia en la pareja en tu entorno. Y es que, sin perder de vista el enfoque positivo, las cifras hablan por sí solas: el 69'06% de las denuncias por violencia de género recogidas el pasado año 2018 fueron interpuestas por la propia víctima (en 2017, por su parte, tuvimos un porcentaje prácticamente idéntico: 69'13%). ¡Casi un 70%! No podemos permitir que la responsabilidad siga recayendo sobre el eslabón más débil. ¿Y el 30% restante? Un 14'97% por la Policía (al ser delitos perseguibles de oficio, es decir, sin necesidad de que se denuncien; si tenemos conocimiento de alguna conducta de maltrato, aún sin mediar denuncia, se actúa), un 9'13% por personal sanitario, un 4'74% por servicios de asistencia y tan solo un 2'09% por familiares. Un mísero 2%. Revirtamos esta situación; tendamos la mano a quien más lo necesita. ¡Al lío!



BLOQUE UNO: LA VÍCTIMA

Primer relato: LA DENUNCIA

La mujer sabía a lo que venía. Estaba decidida a hacerlo, no había vuelta atrás. Él le había robado todo cuanto tenía. Él, de plena consciencia, le dejó una huella imborrable. Era lo correcto. A pesar de ello todavía lo quería. No le deseaba ningún mal. Un hilo invisible se anudaba a su cuello, quitándole el aire. El miedo la superaba por momentos. La mujer sabía a lo que venía.

Comentario

Se trata de uno de los momentos clave en el acto de la denuncia. Lejos de equivocarme me atrevo a afirmar que esta sofocante duda podría aparecer en más de una ocasión durante su estancia en Comisaría. Vaivenes emocionales, pura vacilación o titubeo sobre la activación del proceso penal. Ella todavía lo quiere; teme su reacción; le preocupa la incertidumbre y el futuro inmediato: ¿a

dónde irá con dos hijos a su cargo?, ¿de qué vivirán?, ¿qué dirán sus padres y amigas cuando se enteren? La vergüenza y el miedo a ser juzgada tienen un papel principal en este teatro.

El/la policía encargado de la toma de declaración ha de estar preparado/a para este instante. O estos, si finalmente son varios. Aunque pueda parecer una cuestión baladí, he de deciros que para nada lo es. En este complicado «escollo» nuestra reacción será la que decante la balanza: o seguimos con la denuncia, o bien la acompañamos a la salida, sin finalizar el acto. Lo que el/la especialista no debe perder nunca de vista es que la decisión final es de la mujer. Lo único que se puede hacer es escucharla, comprenderla y poner a su disposición toda la información en lo que a recursos se refiere.

Algunas de las propuestas que suelo plantear en las formaciones que llevo a cabo, de cara a recibir a una víctima de violencia de género en denuncia, serían: poner el foco en ella, es decir, hacer hincapié en cómo mejorará su vida cuando se aleje de él. Evitar hablar de las consecuencias que posiblemente aguarden al maltratador. Por ejemplo, no mencionaremos la posibilidad de que vaya a prisión —si su caso contemplara esta pena—. En relación al espacio físico y la actitud del especialista se podrían destacar varios puntos: es primordial que dispongamos de un habitáculo privado. La intimidad en estas declaraciones no se discute. Además, siempre insisto en la necesidad de mostrarse empático, cercano y, por supuesto, la importancia de adaptar el tono de voz para que la mujer perciba nuestra comprensión.

Por último, sobre todo en los momentos de indecisión, se puede hablar de la posibilidad de recibir asistencia psicológica. Oír el testimonio de supervivientes —en grupos de terapia o incluso de asociaciones de ámbito privado— también suele resultar de gran ayuda para las víctimas. En definitiva, una buena dosis de cariño y jamás poner en duda los hechos que narra. Ellas se lo merecen.



Segundo relato:

UN ACTO DE VALENTIA

«Se dirigía a mí, de forma sistemática, con adjetivos como puta, fulana, gorda, desgraciada...». Macarena lo estaba haciendo de maravilla. Quedaba muy poco para terminar con su relato de dolor y sufrimiento. Ella era profesora de universidad y él, médico especialista en cirugía. Costaba asimilar que un hombre con su formación y fama fuera capaz de recurrir al menosprecio con esa facilidad. El machismo no entiende de edades ni de niveles culturales.

«Tranquila, Macarena, bebe un poco de agua y respira hondo. Ya casi estamos, valiente». No había dejado de llorar desde el inicio de la declaración. La abogada especializada no le soltaba la mano ni dejaba de alentarla. ¡Qué bien poder contar con ella! Dos siempre aportan más que uno, sobre todo en el plano emocional.

El acto de la denuncia finalizó con éxito. Macarena, después de esas dos intensas horas, se mostró agradecida y las tres nos fundimos en un gran abrazo. Había puesto la primera piedra para ser libre.

Comentario

Con este microrrelato he pretendido dar una visión de conjunto de la toma de declaración de la víctima de violen-

cia de género. De paso, he querido poner el acento en algo de suma importancia: no existen perfiles definidos de mujer maltratada ni de agresor. El machismo no es selectivo.

Hemos visto como Macarena, profesora de universidad, sufrió el maltrato en sus carnes, a manos de alguien que también contaba con estudios superiores. Al respecto, decía que no hay un perfil de mujer víctima, que el único requisito para caer en las redes del machismo es ser mujer. Urge que la sociedad borre estereotipos de esta índole: muchas personas todavía creen que esta lacra solo la sufren mujeres en situación de pobreza, o aquellas de ámbito rural. Se trata de mitos, creencias que se alejan enormemente de la realidad. Cualquier mujer, por el simple hecho de serlo, se convierte en potencial objetivo del machismo.

He conocido a abogadas, profesoras, empresarias, etc. que han venido a Comisaría a denunciar a sus parejas o exparejas por estos hechos. La violencia de género no está reñida con el nivel cultural ni con la nacionalidad, en absoluto. En este sentido solo admitiré afirmaciones o tesis que se parezcan a esta: «Existen poblaciones con mayor riesgo de exposición». Para eso sirve la Criminología: se detectan colectivos más vulnerables y el Gobierno, por ponerlos un ejemplo de aplicación práctica, vuelca parte de sus esfuerzos en dirigirles campañas de concienciación y prevención específicas. Pero en ningún caso son las únicas que sufren violencia de género, ni mucho menos.

Dicho esto, me centraré ahora en el acto de la denuncia. Hemos podido ver cómo la presencia de la abogada especializada, además de brindar a la mujer un asesora-

miento experto, le trae seguridad y confianza. El requisito indispensable para trabajar del lado de las víctimas es, sin duda, la empatía. Si no se cuenta con este recurso emocional, de poca ayuda podremos serles.

Por último, no quiero marcharme sin hablaros de la narradora (la agente que cuenta la historia en primera persona). Aún a sabiendas de que a lo largo de la obra corro el riesgo de ganarme el calificativo «cacatúa», por la cantidad de veces en que hago alusión a lo mismo, asumiré el riesgo. Soy un fiel seguidor de la repetición como mecanismo de aprendizaje. Me refiero a la importancia del trabajo policial: para que este sea eficaz, la formación en perspectiva de género de los y las profesionales ha de ocupar un lugar de privilegio. Si queremos abordar esta problemática con probabilidad de éxito necesitamos policías especializados y especializadas. Basta con juzgar a la mujer una sola vez para que la perdamos. Hablo de un «¿y por qué no te fuiste de allí antes?» o «tendrías que haber denunciado cuando te pegó la paliza, no ahora». Me refiero a «no entiendo cómo lo has aguantado tanto tiempo», o bien «si le hubieras hecho caso, no habrías tenido que llegar a esto». Espero que esta suerte de juicios, tanto en Comisaría como fuera (también se han dado en boca de familiares o amigas de la mujer víctima, por desgracia), pasen a mejor vida de una vez por todas.

Quedaros con *«las tres nos fundimos en un gran abrazo»*. Porque en esta frase se resume a la perfección lo que se siente cuando percibes que has ayudado a una mujer a buscar la salida.